

Nombre

Fecha

EL PRÍNCIPE FELIZ

La ciudad era grande y hermosa. Y en medio de ella, en la plaza principal, se alzaba una estatua bellísima. Representaba a un príncipe, al que todos conocían como el príncipe feliz. Y era tan lujosa, que todo su cuerpo estaba cubierto de oro, sus ojos eran zafiros y en la empuñadura de su espada lucía un brillante rubí.

En aquel otoño, una golondrina que emigraba al Sur y que había perdido su bandada, llegó a la ciudad. Y buscando un lugar en el que refugiarse, descubrió la estatua del príncipe. Allí se acurrucó para dormir y, cuando casi lo había conseguido, sintió que una gota cayó sobre su cabeza.

– ¡Qué raro! –pensó–. Está lloviendo y, sin embargo, puedo ver la luna y las estrellas.

Así que levantó la cabeza y entonces fue cuando vio que aquellas gotas eran lágrimas. Y que las lágrimas caían de los ojos de la estatua. Al preguntarle por qué lloraba, el príncipe contestó:

– Lloro por la gente que sufre. Antes, cuando, cómodo y feliz, habitaba en mi palacio, pensaba que todo el mundo vivía como yo.

Pero ahora, desde aquí arriba, puedo ver la vida de las gentes. Y sé que muchas de ellas son muy desgraciadas. Luego, señalando a una casa lejana, dijo:

– Mira, allí vive una mujer que tiene una hija muy enferma. Apenas tiene dinero para comprar las medicinas que son necesarias. Y eso que pasa todo el día y toda la noche cosiendo y bordando. Pobrecilla. Está tan cansada que se ha quedado dormida. ¿Querías hacerme un favor? Llévale el rubí de la empuñadura de mi espada. Así podrá comprar el remedio para su hija.

La golondrina le obedeció y, volando, entró por la chimenea de la casa y dejó la piedra preciosa entre las manos de la mujer.

Al día siguiente, el príncipe le pidió a la golondrina que fuera a casa de un escritor que, muerto de hambre y frío, se había desmayado sobre su mesa de trabajo.

– Llévale uno de los zafiros de mis ojos –pidió el príncipe.

– Eso no puedo hacerlo –replicó la golondrina, llena de pena.

Pero el príncipe insistió y la golondrina, con mucho cuidado, tomó el zafiro.

Pasaron días y días. Y en cada uno de ellos la golondrina fue cumpliendo los favores que el príncipe le pedía. Hasta que la estatua se transformó en algo muy distinto: ya no tenía piedras preciosas en sus ojos, ya no le quedaba ni una de las hojas de oro que cubrían su cuerpo, ya no relucía su espada. Por eso, cuando, entrado el invierno, el alcalde y un grupo de concejales pasaron ante la figura, todos dijeron:

– Vaya birria de estatua. Más valdría quitarla de ahí y mandar que fundieran el plomo de su cuerpo.

El príncipe lo oyó todo. También la golondrina. Pero ninguno dijo nada. Se acurrucaron uno al lado del otro y allí quedaron inmóviles.

Oscar Wilde. (Adaptación) El príncipe feliz.

Nombre

Fecha

LAS BABUCHAS IRROMPIBLES

Hace muchos años vivía en El Cairo un avaro perfumista llamado Abu-Casem.

Aunque Alá le concedió riqueza y prósperos negocios, él vivía y vestía como el más pobre de los mendigos. Sus viejas babuchas eran la más clara muestra de su tacañería.

Un día, Abu-Casem fue a una casa de baños. Se quitó las malolientes babuchas y entró a darse un baño. Entonces, el encargado del calzado, cogió las babuchas y las guardó en un rincón.

Abu-Casem estaba tan sucio que los frotadores y masajistas precisaron todo el día para limpiar su piel. Y cuando salió, fue a coger sus babuchas. Pero en su lugar había unas enormes babuchas amarillas.

–“Sin duda Alá me las envía, pues sabe que hace tiempo que necesitaba unas nuevas”, pensó.

Abu-Casem cogió las babuchas amarillas y se marchó muy contento.

Cuando el dueño de las babuchas amarillas fue a coger su calzado, sólo encontró las babuchas de Abu-Casem. Muy enfadado, denunció a Abu-Casem por haberle robado y Abu-Casem acabó en la cárcel con sus viejas babuchas.

Al salir de la cárcel, Abu-Casem pensó en deshacerse de las fatídicas babuchas. Y no se le ocurrió otra cosa mejor que tirarlas al río Nilo. Días después, unos pescadores retiraron sus redes del Nilo y encontraron un extraño objeto.

–¡Son las babuchas de Abu-Casem! –gritaron– ¡Y sus clavos han destrozado las redes!

Los pescadores fueron corriendo a la tienda del perfumista y les arrojaron las babuchas sobre sus tarros de cristal.

–¡Malditas babuchas! –exclamó Abu-Casem–. ¡Sólo me habéis causado problemas!

Desesperado, Abu-Casem cogió nuevamente sus babuchas y las tiró a un canal que pasaba lejos de la ciudad, con tan mala suerte que atascaron un molino movido por las aguas de ese canal. El dueño reconoció las babuchas y Abu-Casem acabó de nuevo en prisión y fue condenado a pagar todos los daños.

Cuando Abu-Casem se vio por fin en libertad no lo pensó más. Cogió las babuchas, se presentó ante el cadí y gritó:

–¡Oh, gran cadí! ¡He aquí la causa de mis desgracias! Te suplico que proclames un edicto que declare que Abu-Casem ya no es dueño de estas babuchas, que las regala a quien las quiera y que no es responsable de los daños que puedan ocasionar de ahora en adelante. Después, dejó las babuchas en medio de la sala y salió de allí descalzo, entre las risas de todos los presentes.

Las mil y una noches (Adaptación)

Nombre

Fecha

EL ELEFANTE ENCADENADO

Cuando yo era pequeño me encantaban los circos, y lo que más me gustaba de los circos eran los animales. Me llamaba especialmente la atención el elefante que, como más tarde supe, era también el animal preferido por otros niños. Durante la función, la enorme bestia hacía gala de un peso, un tamaño y una fuerza descomunales... Pero después de su actuación y hasta poco antes de volver al escenario, el elefante siempre permanecía atado a una pequeña estaca clavada en el suelo con una cadena que aprisionaba una de sus patas.

Sin embargo, la estaca era sólo un minúsculo pedazo de madera apenas enterrado unos centímetros en el suelo. Y, aunque la cadena era gruesa y poderosa, me parecía obvio que un animal capaz de arrancar un árbol de cuajo con su fuerza, podría liberarse con facilidad de la estaca y huir.

El misterio sigue pareciéndome evidente.

¿Qué lo sujeta entonces?

¿Por qué no huye?

Cuando tenía cinco o seis años, yo todavía confiaba en la sabiduría de los mayores. Pregunté entonces a un maestro, un padre o un tío por el misterio del elefante. Alguno de ellos me explicó que el elefante no se escapaba porque estaba amaestrado.

Hice entonces la pregunta obvia: «Si está amaestrado, ¿por qué lo encadenan?».

No recuerdo haber recibido ninguna respuesta coherente. Con el tiempo, olvidé el misterio del elefante y la estaca, y sólo lo recordaba cuando me encontraba con otros que también se habían hecho esa pregunta alguna vez.

Hace algunos años, descubrí que, por suerte para mí, alguien había sido lo suficientemente sabio como para encontrar la respuesta:

El elefante del circo no escapa porque ha estado atado a una estaca parecida desde que era muy, muy pequeño.

Cerré los ojos e imaginé al indefenso elefante recién nacido sujeto a la estaca. Estoy seguro de que, en aquel momento, el elefantito empujó, tiró y sudó tratando de soltarse. Y, a pesar de sus esfuerzos, no lo consiguió, porque aquella estaca era demasiado dura para él. Imaginé que se dormía agotado y que al día siguiente lo volvía a intentar, y al otro día, y al otro... Hasta que, un día, un día terrible para su historia, el animal aceptó su impotencia y se resignó a su destino. Ese elefante enorme y poderoso que vemos en el circo no escapa porque, pobre, cree que no puede.

Tiene grabado el recuerdo de la impotencia que sintió poco después de nacer. Y lo peor es que jamás se ha vuelto a cuestionar seriamente ese recuerdo. Jamás, jamás intentó volver a poner a prueba su fuerza...

Todos somos un poco como el elefante del circo: vamos por el mundo atados a cientos de estacas que nos restan libertad. Vivimos pensando que «no podemos» hacer montones de cosas, simplemente porque una vez, hace tiempo, cuando éramos pequeños, lo intentamos y no lo conseguimos. Hicimos entonces lo mismo que el elefante, y grabamos en nuestra memoria este mensaje: No puedo, no puedo y nunca podré.